

DEL CINE

Canario por Carambola
por
Tom Mix

25 *cts*

Año I — N.º 18
Barcelona,
2 Agosto 1924
Redacción y
Administración:
Pelayo, 62
Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL
CINE
PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:
España 3 pts. tri.
Extrj.º 17 » año
En combinación con la
revista EL CINE
España 2'50 pts. tri.
Extrj.º 15 » año
N.º ord.º 25 cts.
Extra.º 50 »

MILE-A-MINUTE ROMEO

TENORIO POR CARAMBOLA

1923

*Original novela cinematográfica, sentimental y
humorística, según el argumento de la famosa
marca FOX*

CONCESIONARIOS: **Hispano Foxfilm, S. A. E.**

VALENCIA, 280. — BARCELONA

PERSONAJES PRINCIPALES

Bill Talbert. TOM MIX.
Molly. Betty Jewell.
Mat Morgan James Mason.
Henry Aiken Charles K. French.
Harry Landrie. Russell Gordon.

I

Henry Aiken era dueño de una propiedad del tamaño de Dinamarca, kilómetro cuadrado más o menos, situada en el Oeste, famoso por sus vaqueros, sus tabernas y sus hombres de pelo en pecho, tan acostumbrados al ejercicio del tiro al blanco, que son capaces de saltarle un ojo a la Luna, de un balazo.

Henry tenía una hija, preciosa muchacha de veinte abriles, que por su belleza y por su espléndida dote había abierto el apetito amoroso a más de un habitante de aquel pintoresco lugar, entre ellos a un tal Harry Landrie, hombre machucho, sin ningún atractivo físico, pues su presencia era más repulsiva que otra cosa porque, como a todo hombre de negocios poco limpios, le salía la codicia hasta por la punta de los pelos. Ni que decir tiene que Molly, que este era el nombre de la linda joven, hija del acaudalado Aiken, desdeñaba a Harry Landrie, pues sus tiernas miradas amorosas se dirigían hacia Mat Morgan, bravucón y penden-ciero, hasta el punto de que usaba el revólver como si fuera tarjeta de visita.

Sin embargo, el candidato a la blanca mano de Molly que apoyaba su padre era Harry Landrie, sin que se supiera cómo este sujeto, muy digno del grillete, había conseguido catequizar al buen Henry Aiken.

Hablaban Molly y Morgan, el preferido de su corazón, en la puerta de la casa de aquella, cuando llegaron Henry y Harry. El pri-

mero, sin cumplidos de ningún género, pues en aquellos lugares del Oeste se desconoce en absoluto la diplomacia y el arte del disimulo, le espetó a su retoño:

—¿No te he dicho más de una vez que no quiero verte de plática con este bribón? ¡Entra inmediatamente a casa!

Molly no tuvo más remedio que obedecer la orden paterna, no sin antes confirmar con sus ojos a Morgan que lo amaba a pesar de todas las regañinas.

Henry guardaba también la correspondiente rociada para el galán de su pimpollo y le dijo:

—¡Si vuelvo a sorprenderle enamorando a mi hija, le daré una medicina que le curará radicalmente del mal de amores!

Aquella amenaza para un bravo del temple de Morgan era demasiado, pero, no obstante, se contuvo, limitándose a responder:

—Aiken, no quiero pelear con usted.

Y luego, mirando a su rival, Harry Landrie, recalcó:

—Pero no digo lo mismo de cierto tipo que conozco y que se me ha atragantado como una espina.

Dicho lo cual, caló el chapeo, requirió el revólver, miró al soslayo, fué... y no hubo nada.

En cuanto a Henry y Harry, entraron en la casa. Aquél dijo a su hija:

—Aquí tienes a uno de los caballeros más estimables de la comarca... y que te quiere. No saldrás de esta casa hasta que no prometas casarte con él.

La joven miró burlonamente al nada gallardo Tenorio, que la insinuó:

—Cásate conmigo, Molly... La mitad de las fechorías que se me achacan son pura fantasía.

Pero Molly sabía muy bien que Landrie era un hombre de negocios turbios, un prestamista al ciento por ciento, un pillo redomado, en fin. Claro que de ser tan perfecto caballero como se lo pintaba su padre, tampoco le habría hecho tilín; le sobraban años y kilos de carne al retrasado Romeo para enamorar a tan linda y graciosa Julieta. Así es que contestó a su requerimiento con estas palabras irónicas:

—Si sigue usted así, tan meloso, acabará por quedarse compuesto y sin novia.

Landrie disimuló cuanto pudo su rabia y salió con su futuro—¡y tan futuro!—suegro. En cuanto desaparecieron, la muchacha hizo un mohín de desprecio, tomó papel y pluma y redactó estas líneas:

«Querido Mat: Papá está empeñado en que me case con ese posma de Landrie. Me escaparé sola de casa a no ser que me esperes en Cottonwoods esta tarde a las cuatro.

Molly.»

Como se ve, la joven no se andaba con chiquitas ni era asustadiza y tímida. Cerró el pliego y salió de su casa encargando a un viejo indio de llevar la carta a su destino.

II.

Bill Talbert, al que también se conocía con el remoquete de «El Afortunado», se dirigía hacia el Sur al galope de su hermoso corcel. Bill era joven, fuerte, simpático, valiente, rico; en resumen: un soberbio tipo de hombre.

Cuando sobrevenía una disputa entre dos pistolas, la de Bill Talbert era la primera en hablar, siendo fama que pronunciaba con más claridad que ninguna. Y en verdad, que en una población como la de Wheeler, lugar de acción de los acontecimientos que vamos relatando, una pistola en la mano valía más que dos en la funda, pues sus habitantes eran levantiscos y reñidores como si no hubieran nacido para otra cosa que alborotar y correr la pólvora.

Alguien se apercibió enseguida de la llegada de «El Afortunado» a Wheeler y ese alguien era Conover, un bribón del pueblo como tantos otros, que andaba siempre metido en trapicheos con Harry Landrie, al que avisó enseguida de la novedad.

—¡Bill Talbert, «El Afortunado»!—exclamó Landrie—. ¿Qué estará buscando por aquí?

Para el agente de negocios, como para todos los hombres prácticos, nadie da un paso como no sea proecho y, naturalmente, no podía suponer que Bill hubiese ido a Wheeler sólo por gusto de recrearse. Pese a esta opinión, Bill no iba a solventar ningún asunto a dicha po-

blación, pero Conover le buscó enseguida un quehacer y así propuso a Landrie:

—¿Y si enzarzáramos a Bill Talbert y a Mat Morgan?

—¿Y qué salgo yo ganando si es Bill el que lleva las de perder? ¿Que Morgan, mi rival, se envalentone más aún de lo que está?

—Te digo que todo saldrá muy bien—objetó Conover—. No hay por estos andurriales quien tenga mejor puntería que Bill Talbert... y es seguro que te quitará de enmedio a ese fantasmón de Mat.

—Bueno, bueno—asintió Harry—. A ver cómo te sale este embrollo.

Conover puso en acción toda su malicia, que era mucha, y fué en busca de Morgan que estaba en la taberna del «Alcázar», emborrachándose por no perder la costumbre, cosa muy difícil porque la tenía hartó arraigada.

Acercóse Conover al mostrador y le sopló al jaque:

—Bill Talbert acaba de llegar al pueblo... Estaba en el «Empire» diciendo que te busca...

Morgan dejó el vaso de whisky sobre el mostrador y replicó con tono desdenoso:

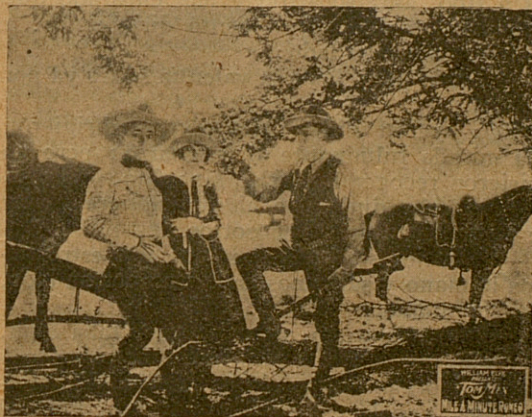
—Pues dile que aquí le espero...

Y mientras Conover fué a seguir ayivando el coraje, Mat leyó la carta de Molly que acababa de entregarle el indio.

El intrigante entró en el «Empire» y azuzó a Bill:

—Mat Morgan dice que en este pueblo no hay sitio para usted, a menos que saque la pistola antes que él... Y lo está esperando en el «Alcázar».

«El Afortunado», que al entrar en el «Empire» había invitado a beber a todos los parroquianos, pidiendo para él «ginger ale», una bebida que no le hace a uno ver doble y sentirse simple, se disculpó con la concurrencia del «Empire», diciendo:



— No quiero verte hablar con este pícaro

—Dispensen, amigos, pero voy a dar una lección de tiro al blanco.

Y salió en derechura a la taberna del «Alcázar» en busca del que lo había desafiado tan sin ton ni son. En cuanto lo tuvo delante, le dijo sin descomponerse lo más mínimo:

—Mat, soy amigo de la paz y enemigo de

los licores fuertes... y no hay derecho a que usted me mande recaditos impertinentes...

Morgan repuso indignado:

—Pero si el bribón de Conover me vino a decir que usted estaba esperándome a fin de meterme en el cuerpo un par de balazos.

Un tipo, asaz socarrón y mal encarado que escuchaba el diálogo, comentó dirigiéndose a los que tenía a su lado:

—¡Lindo par! Toda la valentía se les va por la boca.

Algo oyeron Bill y Mat porque dirigieron una mirada fulminante al lenguaraz; pero no quisieron recoger la burla. Mat dijo:

—No cabe duda que alguien quiere quitar de en medio a uno de nosotros.

—Lo mejor será entonces que nos estrechemos la mano y salgamos cada uno por su lado, con serenidad...—propuso Bill.

—Estoy dispuesto, pero yo ya estaba aquí, de modo que usted tendrá que salir primero—replicó Morgan alargando la mano a «El Afortunado», que la estrechó con fuerza. Pero al observar las sonrisas maliciosas de los presentes, exclamó:

—Eso sería degradante... dirían las gentes que tuve miedo.

—Entonces...

—Se me ocurre que lo fiemos a la suerte. Juguemos a los naipes y el que saque la carta más baja, saldrá primero.

—Acepto—contestó Mat.

Jugaron y Mat perdió, pero no se atrevió a salir y faltando a la palabra empeñada, quedóse en la taberna. No había, por otra parte, más

remedio, porque las pullas que le dirigieron eran de las que soliviantan al más pacífico.

—¡A ver si así le vuelve el alma al cuerpo, cobardón!—le dijeron a Mat.

—La próxima vez que venga, traiga una aguja, dedal y costura—añadió riendo el dueño de la tasca.

—¿Lo ve, Talbert? ¡No hay más remedio!—exclamó Morgan.

—Pues cuando usted guste, Mat — repuso Bill.

Pero antes de que su contrincante tuviera tiempo de sacar su pistola, lo encañonó gritando:

—¡Ha habido demasiado ruido aquí, hasta este momento!... Ahora, ¡quieto donde está!

Disparó hiriendo a su rival en un brazo. Luego se hizo de la pistola de Mat y apuntó sobre los curiosos, diciendo:

—Doy diez minutos a los demás para salir de aquí, y el que se quede ¡que se cuente entre los angelitos!...

Todos aquellos matasietes que llamaban gallina a Morgan salieron de estampía mientras Bill, por pura diversión les disparaba a los pies. Sólo uno, el socarrón de marras, se resistía a salir. Pero Bill comenzó a disparar sobre él, quitándole el sombrero de un balazo, agujereándole también una manga de la chaqueta... Ante la elocuencia de la pistola de Talbert, el socarrón imitó a los demás y fué a parar rodando en mitad de la calle donde se habían congregado todos los «valientes» y algunos curiosos.

Mientras tanto, «El Afortunado» vendaba la herida a su contrario y le decía:

—Lo siento mucho, Mat, pero no se apure. Es una herida limpia.

—Le agradezco mucho, Bill, que no me haya herido en el cuerpo. De todas formas me ha fastidiado, porque tenía el proyecto de raptar a mi novia y casarme con ella esta noche.

—Déjelo para dentro de unos días...

—Molly no es de las que aceptan excusas. Si no me presento se casará con el sinvergüenza de Landrie... que es el que tiene la culpa de lo que acaba de suceder.

—¿Dónde vive usted, Morgan?

—En la carretera de Occidente, a dos leguas de aquí... en una casa que tiene el techo colorado.

—Yo iré por la muchacha y se la llevaré— prometió Bill, saliendo del «Alcázar».

En cuanto al herido, también se marchó, aunque por otro camino.

III

Mat Morgan fué a sorprender en su madriguera a Harry Landrie, rival suyo por cuanto aspiraba a casarse con Molly y culpable de su pelea con Bill Talbert.

Morgan en esta ocasión madrugó; es decir, que entró en el despacho de Landrie pistola en mano y sin dejar de apuntarle le dijo:

—Me parece que usted andaba metiéndose

en camisas de once varas... y no se dió cuenta de que le venía grande... ¡pero muy grande!

—¡Hombre, Mat, no sé a qué se refiere usted!

—La verdad es que es usted cínico, Harry. Galantea a mi novia, me obliga a pelearme con Bill y aún pregunta a qué me refiero.

—Lo de que amo a Molly es cierto—confesó Landrie.

—¿Que la ama usted? ¡Pues como si no! Molly va a casarse hoy conmigo y aunque Bill Talbert me ha prometido llevarla a mi casa para celebrar el acto del casorio, como no me fío de él, va a ser usted quien me la va a llevar.

—¿Yo?

—Sí, amiguito, o de lo contrario le meto un balazo en la cabezota.

—¿Y cómo me las arreglaré?

—Muy sencillo: tome por el atajo y cuando encuentre a Talbert, le quita a Molly, que irá con él y la conduce a mi casa. ¡Ah!, pero no olvide que si dirige siquiera la palabra a Molly, yo me encargo de dejarlo mudo para toda la eternidad.

Landrie no tuvo, pues, más remedio que montar a caballo y partir en seguimiento de Bill y de la muchacha, pues bien sabía que Morgan era muy capaz de taladrarle el pellejo.

Por mucho que corriera el caballo de Landrie, «Tony», el velocísimo corcel de Bill, llegó mucho antes de lo que Morgan se figuraba frente a la casa de Henry Aiken, padre de Molly. Esta tenía ya preparada su cabalgadura para partir en cuanto llegara Mat Morgan,

que es a quien ella había escrito proponiéndole la fuga.

Bill, en cuanto estuvo al lado de la joven, le dijo sin rodeos:

—Si es usted Molly Aiken, como presumo, sepa que vengo para llevarla al lado de Mat Morgan...

—¿Y usted quién es?—interrogó la joven.

—Me llamo Bill Talbert... aunque algunos me dicen «El Afortunado».

—Le he oído nombrar, ¿pero por qué no ha venido Mat personalmente?

Bill le explicó:

—Porque tuvimos una pelea... amistosa... y le pegué un balazo. Eso no quiere decir que Mat no tenga talento, sino que yo «madrugo» más.

—Pues no creo lo que me dice... ¡y no iré! —fué el comentario de Molly.

—Estoy diciendo la verdad... y cuando afirmo que vendrá usted conmigo, haga cuenta de que es el Evangelio.

—¿Es usted capaz de obligarme a ir *por la fuerza*?

La contestación de Bill fué coger a Molly para obligarla a que lo siguiera. Como ella pidiera que la soltara, le dijo:

—Prométame que no tratará de escaparse y la soltaré.

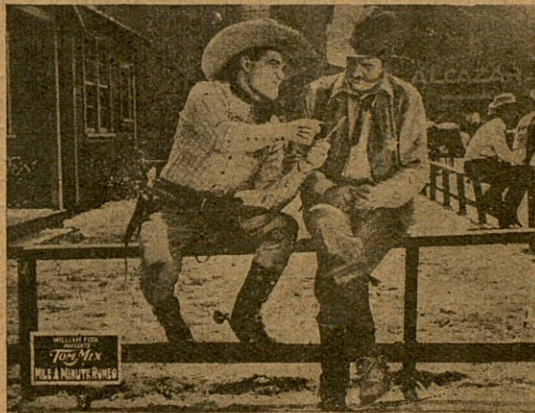
La joven le prometió seguirlo y Bill la dejó libre. Montaron a caballo y partieron al galope internándose en el bosque.

Habían hecho un alto en la jornada y el oído fino de Bill percibió el galopar de un caballo que se acercaba. A poco se reunía con ellos

Harry Landrie, que dirigiéndose a Molly, la dijo:

—Regresa a tu casa, Molly. Ha pretendido engañarte con un recado falso.

«El Afortunado», sin descomponerse, respondió:



— *Pero si me han dicho que me buscaba usted!*

—Nada te impide que te lleves a la muchacha, excepto yo. ¿Qué tal manejas las armas?

Pero a Molly le pareció excesivo un duelo en que intervinieran las armas y así terció:

—¡No, no, señor Bill!... ¡Si es usted valiente no peleará así!

Bill Talbert se apeó de su caballo, arrojó al

suelo su cinto con la pistola; Landrie y Molly se apearon también.

Antes de acometerse los dos hombres, Talbert preguntó a la joven:

—Si le pego a este señor, ¿me promete usted seguirme en santa paz?

—Sí—repuso Molly.

Bill y Harry se acometieron; pero enseguida se pudo advertir que el primero dominaba a su contrario. Tras unos minutos de pelea a brazo partido, Bill agarró por la cintura a su contrincante y lo arrojó violentamente al suelo. Luego volvióse hacia la joven que cuidaba de las cabalgaduras a unos metros de distancia. Landrie, al levantarse de tierra, cogió un pedrusco arrojándolo sobre Bill, que al recibir el golpe en la cabeza, vaciló un segundo cayendo al suelo. Entonces el traidor quiso arrojarle sobre él; pero «El Afortunado», repuesto del ligero vahido sufrido a consecuencia de la pedrada, se rehizo castigando duramente con los puños a Landrie que volvió a rodar mal trecho.

Bill se puso su cinto, ayudó a Molly a subir a caballo, cabalgó él sobre el suyo, y partieron al galope. Unos minutos después partía Landrie por camino distinto, topándose con Henry Aiken seguido de sus criados, que iba en busca de su hija. Landrie les indicó la dirección que habían tomado los fugitivos, lanzándose la tropa en su persecución.

Aiken siguió implacable a Talbert, hasta que el cansancio de los caballos y la fatiga de la joven, obligó a éste a detenerse; pero supo despistar a sus perseguidores, quedando ocultos

entre un grupo de árboles. Cuando «El Afortunado» vió desaparecer a Aiken seguido de sus hombres, dijo a Molly:

—No podremos llegar a casa de Mat antes del amanecer... ¿No sabe usted por aquí de algún sitio donde sea posible descansar y encontrar caballos de repuesto?

—No hay por aquí más que una casa... «La casa embrujada»—replicó la joven, que añadió: —Dicen que en ella vive un viejo cruel, llamado Taliferro, quien no permite que nadie se acerque a su morada.

—Pues yo nunca he encontrado ningún fantasma... y quisiera ver qué cara tienen.

Antes de reemprender la marcha, como Molly había dormido un rato, Bill sacó agua con su sombrero a cuya copa dió la forma de una cazoleta y la joven pudo lavarse así para despabilarse. Luego montaron a caballo dirigiéndose a «La casa embrujada», mientras Henry Aiken ordenaba a su pequeña tropa:

—Sigan cuatro de ustedes persiguiendo a Talbert, mientras yo voy a buscar al sheriff... y avisen a todos los ranchos de los alrededores.

IV

La «casa embrujada» quedaba oculta en lo más espeso del bosque. No conociendo su existencia no era fácil dar con ella; pero Molly sabía muy bien donde se encontraba, de ma-

nera que pronto estuvieron delante de la única puerta que le servía de entrada.

Bill golpeó con fuerza la puerta de aquella misteriosa mansión, y como oyera pasos en el interior, gritó:

—¡Abra, amigo, que tengo que pasar aquí la noche!

Una voz le repuso:

—¡Esto no es una posada, caballero! ¡Hace veinte años que ningún extraño cruza sus umbrales!

—¿Y será usted capaz de dejar a una dama en mitad del bosque?

El de dentro debía ser galante, porque contestó:

—¡Una dama! Debía usted haberlo dicho antes.

Giró la puerta, chirriando sobre sus goznes enmohecidos y en el dintel apareció el dueño de la morada: un caballero de corta estatura, con barba y bigote algo canosos, con gafas de oro y aire de notario más que de ogro como lo pintaba la leyenda.

Molly y Bill entraron. Entonces vieron a otro personaje que había tras la puerta. Era un negro gigantesco que alzaba en alto una tranca enorme. En una baraja habría pasado por el rey de bastos.

Bill presentó a la joven:

—Señor Taliferro, esta es la señorita Aiken.

—¿La hija de Henry Aiken?—preguntó Taliferro con una acento indefinible—. Entonces... ¿qué hace usted en esta casa?—insistió el dueño de la mansión.

Talbert tuvo a bien explicarle:

—Esta señorita se ha escapado para casarse... y yo, la he ayudado.

El señor Taliferro dulcificó su expresión, ordenando al descomunal negro, que le servía como único fámulo:

—Mis amigos pasarán aquí la noche. Prepara las habitaciones de los huéspedes.

Salió el negro a cumplir la orden y Bill fué a conducir los caballos a la cuadra. Entonces Molly, convencida de que en la «casa embrujada» no ocurría nada extraordinario, se confió al huésped de ella, diciéndole:

—Papá estaba empeñado en que me casara con un hombre detestable... de modo que escribí a Mat Morgan... a quien creía amar.

—Puede usted permanecer aquí uno o dos días hasta que su padre entre en razón—replicó sonriendo Taliferro.

—¿Pero... y el señor Bill?—preguntó la joven.

Taliferro debió comprender a qué era debido ese interés que la muchacha demostraba por su acompañante, porque repuso sin dejar de sonreír:

—Tranquilícese... Ya habrá habitación que darle.

Y aquella noche, Molly y Bill durmieron tranquilamente en la «casa embrujada».

V

A la mañana siguiente, en la oficina del sheriff Nevil se notaba una gran agitación. Todo eran idas y venidas, grupos y comentarios.

El sheriff creía poder cazar a Talbert y mostraba su optimismo, diciendo a Henry Aiken, el padre de la joven:

—¿No es posible que Bill Talbert lleve a su hija a casa de Mat? Tiene fama de ser hombre de palabra.

Henry replicó:

—Puede ser que Talbert vaya a la casa... Es una oportunidad como otra cualquiera... Si usted pretende aprovecharla... yo le ayudaré.

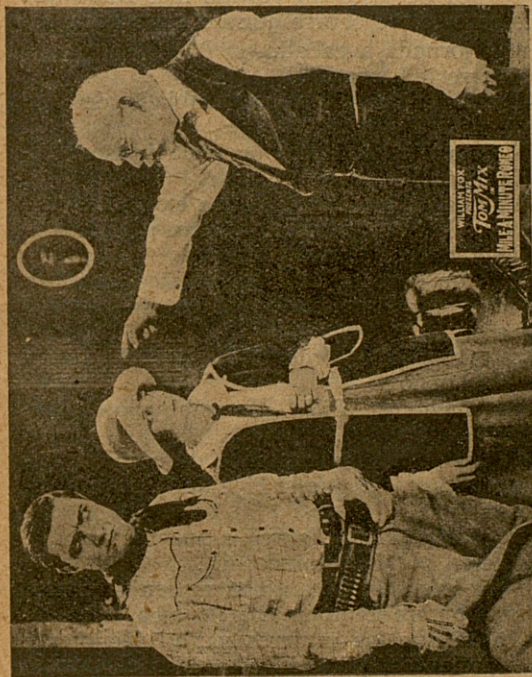
—Es lo mejor. Veremos qué pasa.

En otro corrillo el comentario era el siguiente:

—¡Han desaparecido! Todo el mundo cree que Molly ha muerto y que Talbert ha salido del país.

De todas formas se organizó un plan para coger a Bill en la ratonera; es decir, casa de Mat Morgan, que se prestó con mucho gusto a representar el papel de Judas, pues era rencoroso y no podía olvidar que Talbert lo había herido en el «Alcázar», humillándole ante un puñado de *valientes*.

Mientras tanto, en la «Casa embrujada» el dueño de la mansión buscó un traje lindísimo para que Molly lo substituyera por el que llevaba, hartos varonil para andar por salones.



— Entonces, ¿qué hace V. aquí en esta casa?

Bill encontró, pues, transformada a la joven; pero no pudo por menos de objetar:

—Nunca he visto un vestido más lindo que ese... pero se me ocurre que no sirve para hacer una jornada a caballo.

Taliferro le advirtió:

—La señorita Aiken ha cambiado de opinión... no irá con usted.

Bill apartó a Taliferro un poco bruscamente y le dijo:

—Vamos, señor, usted es una excelente persona y yo le tengo mucho respeto, pero le niego el derecho de entrometerse...

—¡Es un derecho legítimo! Usted es joven y todavía no comprende las cosas—contestó Taliferro.

—¡En marcha!—ordenó Bill a Molly.

Esta se negó:

—No puede ser, Bill... He cambiado de opinión respecto a Mat.

—¡Pero yo no he cambiado de opinión respecto a la promesa que le hice de llevarla a usted a su lado!

Molly, despechada, subió a su cuarto.

Taliferro volvió a intervenir:

—No obligará usted a una mujer a casarse con un hombre a quien ella no ama.

—Ya sé que las mujeres varían fácilmente de sentimientos, pero en este caso el cambio ha sido demasiado repentino.

—Tiene razón que le sobra—apuntó irónicamente el dueño de la «casa embrujada»—; yo en lugar de usted la tomaría en mis brazos y la preguntaría qué razón es esa.

—¡Eh!—exclamó Bill—. ¿Quiere usted decir que pretende atraparme?

—Justamente.

A Bill ya no le cupo duda que Molly lo amaba. Subió al cuarto de la joven para decirle:

—Le diré a Mat que ya no lo quiere usted. Y cuando yo regrese la conduciré al lado de su papá.

Evidentemente, Molly, en vez de esto aguardaba una declaración de amor y repuso contrariada:

—Cuando esté dispuesta a volver al lado de mi padre, iré sola.

Y desconcertó a Bill dándole con la puerta en las narices. Bill bajó de nuevo y le dijo a Taliferro:

—Usted no entiende nada de mujeres... Me tiene el mismo cariño que a una manada de tiburones.

El huésped replicó con socarronería:

—No perderá mucho tiempo si al regreso pasa por Waterton... y se trae un reverendo y una licencia de matrimonio.

Bill Talbert prometió hacerlo así, montó a caballo y partió.

Un indio, oculto entre los árboles, había presenciado la escena pudiendo ver a Molly, y como también había ido a caballo, cabalgó en el suyo y salió como un rayo a llevar noticias de su hija a Henry Aiken.

Molly, al ver alejarse a Bill, dijo a Taliferro:

—Tengo miedo de que Bill tropiece con papá... No habría tiempo para dar explicaciones...

VI

La gente del sheriff había preparado entre tanto el lazo en torno de la casa de Morgan. Este estaba dentro esperando a que llegara Bill sin notar que lo acechaban.

Transcurrió algún tiempo y apareció «El Afortunado» al galope de su corcel.

Landrie iba a disparar sobre él cuando echando pie a tierra se disponía a entrar en la casa; pero el sheriff lo contuvo diciéndole:

—Todavía no. Esperemos primero a averiguar dónde ha escondido a la muchacha el muy infame.

Bill y Mat se encontraron frente a frente. Este preguntó:

—¿Dónde está Molly?

—El hacer de Cupido no es mi especialidad; pero yo la tengo y está en lugar seguro.

—¿Pues qué pasa que no la trae como me ofreció?

—Quisiera decírselo con la debida prudencia, Mat; pero no sirvo para diplomático... Molly dice que ya no quiere casarse con usted.

—¿Y si eso que dice fuese mentira?

—Yo juego limpio, Mat. Si quiere estoy dispuesto a llevarlo a su lado.

—Lo único que quiero es saber donde está... Nada más.

Y al decir esto, Morgan hizo una señal desde la ventana. Lo advirtió Talbert y sacó con presteza su pistola intimidando al traidor. Le

hizo salir delante de él sin dejar de apuntarle y le ordenó:

—¡Desate ese caballo!

Mat obedeció la orden y «Tony», el noble corcel de Bill, partió al galope. Entonces Bill, mientras Mat se reunía con el sheriff, roció el suelo con petróleo.

—¿Dónde está Molly?—preguntó el sheriff a Morgan.

—No me lo quiso decir. Por eso di la señal a ver si ustedes lo atrapaban.

Bill había prendido fuego a la casa. Las gentes del sheriff, cegadas por el humo, disparaban sin saber a donde iban los tiros.

El valiente Bill Talbert escapó por una ventana, llamó con un silbido a su caballo, que acudió a él, dócil como un cordero, montó en él y desató los caballos de sus perseguidores que estaban atados a un árbol, regresó a través de la línea de centinelas, protegido por la «barra de humo» y burló a los que trataban de darle caza.

El sheriff y sus hombres, vieron un instante el grupo de caballos que corrían veloces; pero Bill había desaparecido. El sheriff comentó:

—¡Apostaría cualquier cosa a que ese bárbaro va entre todos aquellos caballos!

No se engañaba. Bill, agarrado a la cincha de «Tony» se había colocado debajo de la panza del bruto a fin de no ofrecer blanco a sus perseguidores, pues tuvo que pasar entre ellos.

De esta manera desapareció en un santiamén del alcance de las balas que buscaban su cuerpo.

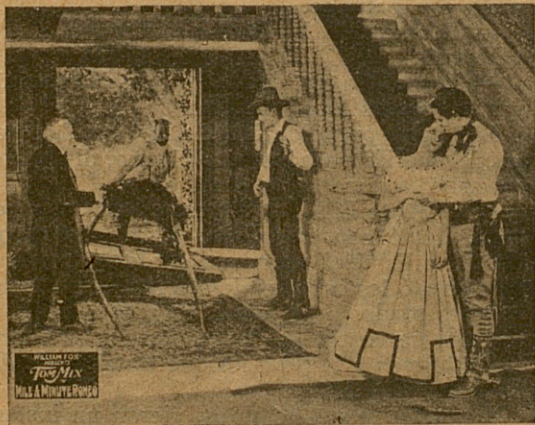
Al llegar a Waterton, se detuvo, entrando

en el despacho de Jack Simmons, el juez de paz más perverso de toda la comarca.

Bill le dijo:

—Haga la licencia de Molly Aiken y Bill Talbert.

El juez fuése a un armario como para sacar



— *Quédese quieto ahí y no cambie de opinión*

una hoja de licencia matrimonial, pero en realidad lo que hizo fué apoderarse de una pistola y apuntar con ella a Talbert al tiempo que le decía:

—¡ Le reconozco, «Afortunado» ! ¡ Suelte el cinturón y venga conmigo que vamos a tener una entrevista con el sheriff !

Bill se quitó el cinturón y puso en alto las

manos. Estaban de pie los dos hombres cada uno a un lado de la mesa. Bill, rápidamente, dió un golpe sobre el extremo de la mesa a que se encontraba poniéndola casi derecha y dando con el otro extremo un fuerte trastazo a Jack Simmons. Aprovechó el momento y apoderándose de su pistola intimidó al juez:

—¡ Firme la licencia !

Jack extendió el documento. Talbert se lo guardó y tras de apagar la lámpara que pendía del techo, de un balazo, le dijo:

—¡ Ahora, señor juez de paz, vamos a correr !

—¡ Pero si ni siquiera tengo caballo !

—Pues busque otra cosa. Si no, mi palabra de honor que le ahorco en algún árbol de por aquí.

Ante esta amenaza, Jack Simmons indicó a Bill el único carruaje que tenía: un tálbury ligero. Bill enganchó a él su caballo y montado sobre él y Jack en el tálbury, partió al galope.

Como no había camino para carruajes, el ligero cochecillo saltaba sobre los riscos crujendo como si fuera a deshacerse. De esta forma y a toda velocidad, cruzaron montículos, un río—el agua llegaba al juez hasta la garganta—, otro río, un llano... Perdió el tálbury una rueda, pero no por eso se interrumpió la marcha.

El fango y el polvo habían desfigurado el rostro de Jack Simmons que recibió aquel día, viajando de esta suerte, la paliza más fenomenal que puede recibir un hombre, aunque sea juez de paz...

VII

El indio había avisado a Henry Aiken:

—Encontré a la señorita Molly en casa de Taliferro.

—¿De Taliferro?—interrogó espantado Henry—. Veinte años ha estado esperando la ocasión de vengarse de mí.

Aiken montó con presteza a caballo y se dirigió a la «casa embrujada» donde suponía que su hija estaría sufriendo horribles tormentos.

Pero antes que él y que Bill, llegó Mat Morgan con dos hombres del sheriff que lo acompañaban.

Llamó en la puerta de la «casa embrujada» y el negro, desde dentro, contestó:

—¡No puedo dejar entrar a nadie!

—Con que no, ¿eh?—gritaron los de fuera.

—¡Pues ahora verás!

Entre los tres hombres cogieron un grueso palo que encontraron en el suelo y sirviéndose de él como de una palanca, comenzaron a forzar la puerta. El negro empujaba con todas sus fuerzas para que no lograran derribarla, cosa que parecía inevitable porque los golpes la hacían ceder.

Molly y el señor Taliferro miraban esta pugna un poco asustados.

Por fin cayó la pesada puerta, derribando al negro que quedó debajo de ella.

Mat y sus dos acompañantes entraron. El primero dijo a Molly:

—No me engañó Talbert con sus mentiras, de modo que vengo a buscarte.

—Le dije a Talbert que te comunicara que ya no te quiero...—protestó Molly.

—¡Pues eso no le hace! Me quisiste antes y vas a seguir queriéndome—repuso brutalmente Mat intentando apoderarse de la joven.

Al señor Taliferro no le era posible defenderla, pues se lo impedían los dos sujetos que habían acompañado a Morgan.

Molly estaba a punto de ser vencida cuando algo inesperado sorprendió a todos. Un caballo con su jinete, que tiraba de una cosa que había sido un carruaje y sobre el cual iba Jack Simmons, el juez de paz de Waterton, en mangas de camisa, cubierto de fango, hecho un pelele, en fin. El jinete, que era como ya sabemos, Bill Talbert «El Afortunado», se apeó rápidamente abalanzándose sobre Mat, que en este momento luchaba en la escalera con Molly. Los dos rivales rodaron escalera abajo; pero Bill, más fuerte y más rápido en la acción tenía ya encañonado a Mat. Este retrocedió junto al juez que permanecía sobre los restos del tálbury y le dijo:

—¡Deme su pistola!

—¿Pistola? ¡Ni siquiera chaleco tengo!—repuso irónicamente el juez.

En cuanto al negro, había logrado salir de debajo de la puerta y el señor Taliferro contenía ahora pistola en mano a los acompañantes de Mat Morgan.

Taliferro dió su pistola al negro y aconsejó a Mat:

—¡Quédesse usted aquí y no cambie de opinión!

Y luego dirigiéndose a Molly:

—Me parece que su cabello está un poco despeinado.

Molly, sonriendo, fuése a hacerse la toaleta.

Y a Bill:

—Los jóvenes que van a casarse deben ir vestidos con más propiedad.

Le proporcionó un traje de etiqueta, aunque de moda muy atrasada y cuando los dos jóvenes estuvieron listos salieron todos a una esplanada del bosque que había delante de la «casa embrujada» y les dijo:

—Ahora a casarse.

Jack Simmons no tuvo más remedio que actuar. Después de las frases de ritual, dijo:

—Declaro a los contrayentes casados legítimamente.

Taliferro había dado su anillo a Bill que lo colocó en el dedo anular de Molly.

En esto llegó Henry Aiken, el padre de la que acababa de desposarse. Bill, instintivamente, llevóse la diestra como para sacar el revólver, pues se creía aún con el cinto y el traje de vaquero. Taliferro contuvo a Henry Aiken, que llegaba en actitud violenta, diciéndole:

—Henry, hace veinte años, tú raptaste a mi hija... Ahora he reservado para ti una sorpresa semejante, casando a la tuya con un hombre honrado y valiente: con Bill Talbert.

—Pero...—murmuró apenas Henry.

Taliferro, estrechándole la mano, volvió a decirle:

—Mi actitud intransigente y egoísta arruinó mi vida por completo... No vayas a cometer tú el mismo error.

Henry Aiken comprendió que Taliferro tenía razón y abrazó a su hija, diciendo luego a su yerno:

—Joven, con mi hija le doy mi más sincera felicitación.

Después se volvió a Mat Morgan, que bajo la vigilancia del gigantesco negro, se mordía los puños de rabia, y le dijo:

—Ya sé qué clase de pícaro es usted, Morgan... ¡Lárguese!

Y para que cumpliera la orden más rápidamente le hizo unos disparos... sin tocarle.

Entonces se evidenció que aquel valiente no lo era más que por la traza, pues ni siquiera le encendió la sangre ver como otro hombre, al que él odiaba, se casaba con su novia.

Mientras Mat huía como alma que lleva el diablo, Molly y Bill se abrazaron comenzando así a disfrutar de su amor.

Pero tuvieron el suficiente recato para no hacerlo en presencia de todos y como estaban en pleno bosque, fueron a ocultarse tras un árbol corpulento dando así al beso el encanto de lo prohibido.

Molly Aiken, muchacha un poco montaraz, de verdadero carácter, no podía en realidad casarse más que con un hombre como Bill Talbert, «El Afortunado», audaz, bravo, joven y sano de corazón.

Y en tanto que los recientes esposos disfrutaban de las primeras mieles del matrimonio, Taliferro y Henry Aiken, ya reconciliados por

completo, entraron en la «casa embrujada» para disponer el banquete de bodas, que prometía tener resonancia, por lo fastuoso, en toda aquella comarca.

FIN

El representante exclusivo de todas las publicaciones de EL CINE en América del Sur es

Don Antonio Almaden

Calle Belgrano, 1295 - Casilla núm. 1338
BUENOS AIRES

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Para dar mayor garantía a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el premio de OBRAS MAESTRAS DEL CINE al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de OBRAS MAESTRAS DEL CINE se incluye una hermosa postal al hueco-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson); 10.º *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roché); 11.º *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12.º *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13.º *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14.º *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15.º *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16.º *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17.º *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18.º *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte).

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su próximo número, que aparecerá el día 9 de agosto, publicará, en número extraordinario,

AMOR DE MADRE

según el argumento de la emocionante película dramática de la acreditada marca «Universal», cuyos intérpretes son el célebre actor Roy Stewart y la bellísima estrella Kathlyn Williams.

AMOR DE MADRE

es una novela cinematográfica llena de interés y amenidad, cuyo asunto cautivará a los lectores de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, que al darla en número extraordinario reconoce la importancia y belleza de su asunto que requiere más extensión que la que permite un número corriente.

AMOR DE MADRE

no la olvidará nunca quien la lea, pues es un drama de la vida real que ocurre entre familias aristocráticas.

Si es usted amante de la buena literatura no deje de leer

AMOR DE MADRE

que se venderá al precio de 50 céntimos ejemplar conteniendo 64 páginas de texto.

Postal del famosísimo actor *Ramón Novarro*.

Concesionario exclusivo de venta para Cataluña: **LIBRERIA ITALIANA**
Rambla Cataluña, 125 - BARCELONA

Imp. GARROFÉ; Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

L'ea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Teléf. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarrol, 12 y 14.